

ger nada.—Vamos á buscar un desmayo y á plantarle sobre el césped, porque ha muerto por la patria.—No, no, no planteis nada, pero llorad, y que vuestras lágrimas sean de sangre, porque ha muerto en vano, por la libertad.»

Al saber desde su cárcel el crimen, la sentencia y muerte de Carlota Corday, Vergniaud exclamó: «Ella nos mata, pero nos enseña á morir.»



LIBRO CUARENTA Y CINCO.

Apoteosis de Marat.—Los girondinos abandonan la Normandía.—Retirada de los ejércitos franceses.—Sométense los departamentos insurreccionados.—Custine es llamado á París.—Robespierre combate la anarquía.—Descontento de Danton.—Desarrolla Robespierre sus teorías.—Reorganización del comité de salvación pública.—Domina en él Robespierre.—Fiesta de la nueva Constitución.—Manifiesto á la Convención.—Decretos.—Movimiento de los patriotas.—Esecos.—Suplicios.—Maximum.—Reorganización del tribunal revolucionario.—Merlin de Douai.—Ley de los sospechosos.—Prisioneros insuficientes.—El Terror.—Su objeto.

I.

La virtud mas pura se engaña siempre en sus deseos cuando se vale de la mano y el arma del crimen. La sangre de Marat embriagó al pueblo. La Montaña, Robespierre y Danton, dichosos por verse libres de aquel rival en quien tenían su imperio sobre la multitud, arrojaron su cadáver al populacho para que hiciese de él su ídolo. Sus funerales mas parecieron una apoteosis que un duelo. La Convención dió el culto de Marat en diversion á la anarquía. Al que se avergonzaba de contarlo como colega le dejó que le tratase como á un Dios. La misma noche

que siguió á su muerte fué el pueblo á colgar coronas en las puertas de su casa. La municipalidad mandó colocar su busto en la sala de sesiones. Las secciones fueron en procesion á llorar á la Convencion y á pedir el Panteon para sus cenizas. Otros pidieron que su cuerpo embalsamado se pasease por los departamentos y hasta los límites del mundo; otros, en fin, que se erigiese una tumba vacía, bajo los árboles de la libertad plantados en todas las municipalidades de la república. Únicamente Robespierre intentó moderar esta idolatría en los Jacobinos. «A mi también, dijo, me están reservados los honores del puñal. Solo la casualidad ha determinado prioridad, y mi caída avanza á grandes pasos.»

La Convencion decretó que asistiría en masa á las exequias. El pintor David las ordenó. Plagiario de la antigüedad, quiso parodiar los funerales de César. Mandó colocar el cuerpo de Marat en la iglesia de los Franciscanos, sobre un catafalco cubierto con su camisa ensangrentada. El puñal, el baño, el tajo de chimenea, el tintero, las plumas, los papeles, estaban esparcidos junto al cuerpo, como armas del filósofo y testigos de su indigencia. Las diputaciones de las secciones se sucedieron con arengas, incensos y flores alrededor del cadáver, y allí pronunciaron terribles juramentos.

II.

El cortejo fúnebre, alumbrado por antorchas, se puso en marcha al anoecer y no llegó hasta las doce al sitio que debía servir de tumba. Para dar descanso á los restos de Marat eligieron el patio del club de los Franciscanos, sitio en el que tantas veces arengó su voz y agitó al pueblo; al que muere combatiendo le entierran en el mismo campo de batalla. Colocaron su cuerpo en la hoya, á la

sombra de los árboles, cuyas hojas iluminadas por miles de lámparas, reflejaban sobre la tumba el apacible y sereno día que reinaba en el antiguo Eliseo. Engrandecían esta ceremonia el pueblo, que agitaba las banderas de las secciones, los departamentos, los electores, la municipalidad, los Franciscanos, los Jacobinos y la Convencion. ¡Irrisoria apoteosis! Thuriot, presidente de la Asamblea, dirigió la suprema y nacional despedida á aquellos manes. Anunció que por decreto de la Convencion la estatua de Marat iba á colocarse junto á la de Bruto. El club de los Franciscanos pidió su corazón. Encerrado en una urna le colocaron en la bóveda de la sala de las sesiones. Finalmente, la sociedad le votó un altar. «Apreciables restos de un dios, dijo un orador desde el pie de este altar, ¿seremos perjuros á sus manes? ¡Tú nos pides venganza, y tus asesinos viven aun!...»

El pueblo organizó en todos los domingos sus peregrinaciones á la tumba de Marat: este pueblo confundió las preces que merecía el corazón de aquel apóstol del asesinato con las que eran dignas del corazón del Cristo de paz. Los teatros aparecieron decorados con su imagen: las plazas y las calles abandonaron su primitivo nombre para adoptar el de Marat. Algunos periodistas bautizaron sus diarios con el nombre de *La sombra de Marat*, y las mugeres le levantaron un obelisco. Este nombre fué la enseña del patriotismo. El alcalde de Nimes se hizo llamar el Marat del Mediodía; el de Strasburgo el Marat del Rhin. El convencional Carrier llamó á sus tropas el ejército de Marat. La viuda del *Amigo del pueblo* se presentó en la Convencion á pedir venganza para su esposo. Muchas municipalidades de la república instituyeron aniversarios, que se celebraban con fiestas fúnebres y procesiones. Se erigian catafalcos, y en torno de estos monumentos, jóvenes vestidas de blanco y con coronas en la mano, elevaban sus voces cantando himnos en loor de Marat. Las estrofas de estos himnos respiraban estermi-

ño. El puñal de Carlota Corday, en vez de estancar la sangre, parecía que abría todas las venas de la Francia.

III.

Por todas partes la Convencion adquiría de nuevo su ascendiente. Después del encuentro de Vernon, en que el primer cañonazo dispersó la vanguardia de los federalistas, los girondinos refugiados en Caen intentaron llegar á Burdeos, abandonando por una parte la Normandía y la Bretaña á los realistas, y por otra á los comisarios de la Convencion. Petion, Louvet, Barbaroux, Salles, Meilhan, Kervelegan, Gorsas, Girey-Dupré, Marchena, español que voluntariamente se afilió en la Gironda, y finalmente Riouffe, joven marsellés que siguió con constancia esta causa hasta en sus desastres, vistieron el uniforme de voluntarios de Finisterre y se confundieron con estos soldados para llegar á Bretaña. Poco había que Guadet, llegó á Caen para reunirles, y solo presenció su ruina. Buzot, Du Chastel, Bergoing, Lesage y Valady marcharon con los batallones. Lanjuinais les había adelantado á Brest, é infundía en torno de él su indignacion y valor. Enrique Larivière y Mollevault, miembros de la fatal comision de los Doce, precedieron los fugitivos á Quimper, y les prepararon no auxiliares, pero sí asilos. Reducidos á diez y nueve y ya separados del batallon de Finisterre que les protegiera hasta Lamballe, los desorientados evitaban los caminos reales, eligiendo otros estraviados donde fueron pidiendo de choza en choza una hospitalidad que á cada paso podia venderlos.

Reconocidos en Moncontour por algunos federados, y habiendo oido en su alrededor rumores de: hé ahí á Petion, hé ahí á Buzot, tuvieron que refugiarse á los bosques. Sospecharon su retirada y pasaron muchas horas

ocultos entre las hojas, mientras la lluvia bañaba sus entumecidos miembros. Un jóven ciudadano de Moncontour que espíó su huida, fué á buscarles y les dirigió á una apartada casa que les sirvió de asilo durante algunas horas.

Desde allí oían la generala que conmovia todas las aldeas: registraban los bosques, los campos y las casas para prenderlos. Giroust y Lesage se separaron de sus compañeros, aceptando la hospitalidad que les ofrecian por aquellos contornos. Los demas continuaron su camino: todos se encontraban armados, é intimidaban á los habitantes que no lograban seducir. Milagrosamente venecian los continuos peligros que ante ellos se presentaban.

IV.

Sin embargo, el camino, el hambre, la sed, la inquietud y las enfermedades les iban diezmando. Cuya despedía sordos gemidos por la dolencia de un ataque de gota. Buzot, débil por los trabajos, tiró sus armas como inútil peso. Barbaroux, que apenas rayaba en los veinte y ocho años, presentaba el aspecto de un hombre de avanzada edad: tenia un pie hinchado á causa de una torcedura. Marchaba apoyado en el brazo de Petion y de Louvet. Riouffe, lastimados sus pies por la aspereza del camino, se arrastraba dejando señales de sangre por donde dirigia su cansado cuerpo. Petion, Salles y Louvet eran los únicos que aun conservaban su incansable vigor.

Cierta noche al acercarse á un pueblo, les dijo un guia, que á la siguiente mañana les esperaban en el camino diez gendarmes con algunos guardias nacionales para prenderlos. «Adelantémonos á ellos, dijo Barbaroux, avivemos nuestra marcha y pasemos esta noche en la ciudad. Antes que los gendarmes ensillen sus caballos,

habremos ya franqueado el sitio peligroso. Si nos persiguen parapetémonos en los ribazos: serán víctimas de nuestras balas ó prenderán solo á nuestros cadáveres. Andemos de rodillas si es preciso antes que caer bajo el poder de los Maratistas. Escapemos del peligro de mañana y desafiaremos ya los demas en el asilo que Kervelegan nos ha preparado en Quimper.»

Los enfermos y heridos preferían esperar la muerte allí mismo, á evitarla huyendo. La energía de Barbaroux les avergonzó de su resignación. Se levantaron silenciosos, dejaron atrás el sitio del peligro, y protegidos por la altura de la yerba, se entregaron al sueño, habiendo interpuesto algunas leguas. Postrados por el cansancio y hambrientos, se encontraban junto á los muros de Quimper, donde no se atrevían á entrar. Enviaron uno de sus guías para que advirtiese á Kervelegan de su llegada, y que les indicase los medios necesarios para penetrar en el asilo que su amistad les habia preparado. Treinta y dos horas pasaron espuestos á la intemperie, sin alimentos, cayendo sobre ellos torrentes de lluvia y tendidos en un pantano de helada agua que les entorpecía mas y mas los miembros: y esta situación que les hacia llevar la esperanza de la vuelta del mensajero se hizo insostenible porque el guía no se presentaba para que abandonasen tan angustioso estado. Cussy invocaba la muerte, mas clemente que el dolor; Riouffe y Girey-Dupré, perdieron la jovialidad de su juventud, jovialidad que hasta entonces les prestaba fuerzas. La frente de Buzot se veía dominada por una negra melancolía. Barbaroux notaba, no que perdía su valor, pero si que se alejaba su esperanza. Louvet, frenético por el dolor, apretaba contra su pecho el arma cargada que era su defensa, y que podía hacerle insensible á las penas. Apreciaba aun la vida, porque corría tras la imágen de una muger que adoraba. Petion conservaba la indiferencia estoica de un hombre que desafia la inconstante fortuna, fortuna que hoy le en-

cenagaba en la desgracia, cuando un dia se complaciera en lisonjearle. Apuraba las heces del infortunio, y permanecía impasible.

V.

Kervelegan entretanto no se dormía en Quimper. Envió un mensajero á caballo, que encontró los fugitivos en los pantanos, y que les acompañó á casa de un labrador, donde restauraron sus fuerzas con el fuego, pan y vino. Luego les dió auxilio un cura constitucional, y de este modo acabaron de rehacer sus ánimos, y se separaron en muchos grupos, á cada uno de los cuales favoreció fortuna diversa. Cinco de ellos, entre los que estaban Salles, Girey-Dupré y Cussy, recibieron hospitalidad en casa de Kervelegan: Buzot quedó confiado á la discreción de un generoso ciudadano del arrabal de Quimper; Petion y Guadet en una aislada casa de campo; Louvet, Barbaroux y Riouffe en casa de un ciudadano de Quimper. La amante de Louvet le habia precedido á Quimper, y traía al que adoraba el mundo de sus esperanzas y las caricias de su amor.

Desde el fondo de sus retiros concertaron los proscripciones el medio de llegar á Burdeos, pero evitando el camino de tierra, que tanto obstáculo les presentaba. Du Chastel descubrió un barco con cubierta anclado en el rio de Quimper: hizo que sus amigos observasen aquella embarcación y la fletó para que los trasportasen á Burdeos. Aunque los comisarios de la Convención no se atrevían á presentarse en el departamento de donde les rechazaba la opinion, descubrióse el proyecto de Du Chastel y lo delataron. Otra embarcación dispuesta en Brest condujo hácia la embocadura de la Gironda á Du Chastel, Cussy, Bois-Guyon, Girey-Dupré, Salles, Meilhand,

Bergoing, Marchena y Rionffe. Petion, Guadet y Buzot por no separarse del moribundo Barbaroux, rehusaron embarcarse, y aguardaban en sus asilos el alivio de las dolencias de su amigo. Louvet se retiró con Lodoiska á una choza que le preparara su amante. Amenazado por dos tempestades, saboreó momentos de felicidad mas y mas grata, cuantos mas eran los peligros que la rodeaban: momento pasajero que acaricia á los desgraciados en la senda de la muerte. Barbaroux varío en sus amores, á los que nunca prestaba duradera constancia, decía que envidiaba la dicha de Louvet proscrito, dicha que le ofrecía el cariño y la fidelidad.

La noticia de la toma de Tolon por los ingleses, aumentó la vigilancia y persecucion contra los federalistas, acusados del desmembramiento de la patria. Louvet, Barbaroux, Buzot y Petion se embarcaron de noche con un pescador que debía conducirles á un buque anclado en la rada. Cubiertos con esteras en el fondo de la escotilla, pasaron sin que los descubriesen, por una escuadra de veinte y dos navios republicanos. Si hubiesen registrado el buque, infaliblemente los reconocieran por Petion. Los trastornos de la revolucion, el ardor de sus ambiciones, las tempestades del favor popular que ya le acariciaba ó ya veía en él un enemigo, fueron causas que encanecieron sus cabellos antes que pasasen sobre él cuarenta años. Toda la Francia conocía á este precoz anciano. Los proscritos entraron en la Gironda y desembarcaron en Bec-d' Ambés, insignificante puerto cerca de Burdeos. Creían que los recibía el suelo de la libertad, y aquel suelo les auguraba la muerte.

VI.

Mientras que los girondinos vencidos caían uno á uno en manos de sus enemigos, ó prolongaban huyendo la

dolorosa agonía de su partido, vacilaba en los extremos la república, afirmándose en el centro. Las fronteras estaban descubiertas; las plazas que el ejército de Custine conquistó en Alemania y algunas francesas las readió el cañon de la coalicion. Ya dijimos que Custine que se replegara á Landau, dejó en Magancia imponente guarnicion como amenaza de una segunda entrada por Alemania. Mandaba la plaza el general Meunier, conocido ya por los admirables trabajos de Cherbourg. Eran sus segundos los intrepidos y esclarecidos oficiales generales Kleber, Doyré, Dubayel, Rewbell y Merlin, que eran representantes y soldados, y se encerraron en la plaza para que las tropas combatesen ante la Convencion. Doscientos cañones defendían la ciudad. Cincuenta y siete batallones y cuarenta escuadrones formaban el bloqueo. Abundaba el grano, pero escaseaba la pólvora. La sola esperanza era una heroica defensa, defensa que alentaba Merlin con sus prodigios de habilidad, con su audacia y valor, y con la intrepidez de su corazon y el esfuerzo de su brazo. Esta defensa paralizaba veinte mil de nuestros mejores soldados, detenidos en sus conquistas en la otra parte del Rhin. Custine envió un oficial al ejército prusiano. Este oficial pidió que como parlamento le dejasen pasar las líneas prusianas para llevar la orden á Magancia de una capitulacion honrosa. Los comisarios de la Convencion y los generales se reunieron en consejo de guerra, que rechazó indignado esta orden. Los austríacos estrecharon el bloqueo, que los prusianos convirtieron en sitio. Los franceses con sangrientas salidas volvian á tomar la ofensiva, y el ejército enemigo tenía que conquistar cada paso para acercarse á la muralla. El general Mounier murió por haberle roto la rodilla una bala de cañon. Conmovidos los prusianos de tanto valor, cesaron el fuego, para que libremente pudiese el ejército francés dar sepultura á su general en uno de los bastidores de la ciudad. «Pierdo un enemigo que me ha causado

mucho daño, dijo Federico Guillermo, pero la Francia pierde un grande hombre.»

Comenzó el bombardeo con los disparos de trescientas bocas de fuego. Fueron incendiados los molinos harineros que abastecian la ciudad: faltaba el pan y faltó la carne. Los habitantes devoraban los caballos, los perros, los gatos y las ratas. El hambre se hacia sentir, y los generales determinaron que saliesen de las plaza las bocas inútiles. Los ancianos, mugeres y niños rechazados por los franceses, lo fueron tambien por los prusianos, y de aquella indefensa multitud murió parte por las balas de los cañones, y la otra sintieron los horrores del hambre. Los hospitales faltos de víveres, medicamentos y medio destruidos, no podian ya recibir los heridos, y la ciudad capituló.

Las tropas salieron libres con sus armas y banderas bajo la única condicion de que no debian hacer armas durante un año, contra la Prusia. La guarnición murmuró de sus gefes. El instinto de los soldados les decia que por el Norte se acercaba en su socorro, el general Hou-chard. Nuestros batallones creian esta primer retirada de los ejércitos franceses una mancha que empañaba el genio de la revolucion. Este pensamiento fué el juicio de la Convencion. Arrestaron en su entrada en Francia, al general Doyré gobernador de la plaza, y al general Dubayet, comandante de las tropas: presos, fueron conducidos á Paris, Merlin de Thionville, cubierto de gloria, no pudo sin muchísimo trabajo justificar la rendicion de este baluarte del Rhin. La reputacion de Custine quedó empañada. Desde estos primeros reveses se indagaron las faltas de este general. La Vendée recibió de refuerzo quince mil hombres, fogueados en el sitio de Maguncia.

VII.

Al mismo tiempo se rindió Condé, plaza fronteriza del Norte. Dampierre murió intentando socorrerla. El general Chancel encerrado en la plaza con cuatro mil hombres, carecia de víveres y municiones. Dos onzas de pan eran la racion del soldado, y estos víveres durarian muy pocos dias. El 12 de julio, se rindió prisionera de guerra la guarnición. Valenciennes, acribillado por las bombas, se rindió el 28 á los ingleses y austriacos. El general Ferrand, ese animoso lugarteniente de Dumouriez, de 70 años de edad, defendió tres meses la ciudad y parecia que su valor queria que fuese esta su tumba. Las murallas derribadas por doscientas mil balas de cañón, treinta mil granadas y cincuenta mil bombas, presentaban brechas espeditas para el paso de la caballería. Defendia la plaza el terror del nombre de nuestros bravos y el del general Ferrand. Valenciennes capituló, y la guarnición despues de matar treinta mil enemigos, y contar una baja de siete mil combatientes, entró en Francia con sus armas y con sus banderas desplegadas.

La noticia de estos desastres llegó á Paris en donde infundió la consternacion, pero no el desaliento. La constancia de la Convencion á quien asediaba tanta desgracia, fortaleció el espíritu público. Todos se entristecieron, pero á ningun corazon abandonó la esperanza de la salvacion de la patria.

Las noticias de los departamentos, alentaban á la Convencion. Burdeos abria las puertas á los comisarios de aquella: Caen dudó ocho dias y dió libertad á los comisarios prisioneros. La insurreccion de la Bretaña en Normandia se apago por sí misma. Los patriotas contuvieron algun tiempo en Tolon á los realistas. Tolosa prestó obediencia; la Lozère se apaciguó. Los dos dipu-

tados girondinos, Chasset y Beroteau instigadores de la insurrección en Lyon y en el Jura, y Rebeequi, agitador de Marsella, observaron que el movimiento de origen republicano, degeneraba en realista. Temblaron de la tempestad que ellos aglomeraron. Nantes rechazó á los vendedores de sus muros.

Estos reveses y estas victorias eran causa de que los jacobinos apareciesen desconfiados y temerosos. Aumentábase las delaciones contra Custine, delaciones que adquirirían mas y mas acritud. Mucho esperaron de este general, y por esto llegaban con mas fuerza las denuncias. Su honradez y la felicidad de sus primeras campañas hizo esperar de él lo imposible. Se le castigaba porque prometió mucho. Le acusaban de complicidad con Brunswick, de avenencia con el rey de Prusia, de secreta inteligencia con los realistas del interior, con el general Wimpfen y con los girondinos de Caen. Bazire pidió que prendiesen á Custine en medio de su ejército. La Convencion podia temer que tropas fanáticas por su general se sublevaran, y marchando á Paris, complicasen la situacion de la república. No retrocedió ante tamaño peligro. Dió la orden á Custine de que viniese á justificarse. De esta peligrosa comision se encargó Levasseur de la Sarthe. Llegó al campo y el representante pidió revistar al ejército. Cuarenta mil hombres estaban sobre las armas. Los soldados negaron los honores militares á Levasseur, porque sospechaban que venia á quitarles su gefe. Levasseur lo exigió, y se bajaron las banderas. «Soldados de la república, les dijo: la Convencion ha decretado que se prenda á Custine.—Que nos le vuelvan,» gritan con acento irritado los soldados. El representante arrostra estos clamores, y desenvainando el sable y recorriendo las filas amenaza al soldado que viole la patria en su persona. Un sargento se presenta al frente: «Queremos que nos vuelvan á nuestro general, dijo.—Adelante tú que clamas por Custine, contestó Levasseur,

¿te atreves á responder con tu cabeza de su inocencia?... Soldados, prosigue el representante, si Custine es inocente, volverá á mandaros. Si es culpable, su sangre espíara sus crímenes. Castigo para los traidores y rebeldes.»

VIII.

El deber del silencio fué el que contestó solo á esta palabras. Se prendió al general. Custine no imitó á Dumouriez; prefirió el cadalso á la emigracion. Llegó á Paris y le saludó un resto de popularidad, popularidad que fué un crimen. Se paseó por el Palais-Royal, y le aplaudieron los jóvenes y mugeres.

Esta pasiva obediencia animó á los jacobinos á nuevas delaciones. El ministro del Interior, Garat, y el de Marina, Dalbarade, fueron objeto de odiosas indicaciones. El poder ejecutivo, rodeado de incesantes sospechas, carecia de accion. Robespierre, que favoreció la anarquía mientras la creyó necesaria para el triunfo de la revolucion, combatió á los instigadores del desorden desde que creyó ya afirmada la revolucion. Defendió el comité de salvacion pública, acusado de contemplativo, defendió á Danton, defendió á Garat y Dalbarade contra Chabot y Rosignol, y apostrofó á los delatores. No le intimidaron los murmullos de los exaltados jacobinos: estos murmullos los apagaba su voz. «¡Bastará que un ciudadano ocupe cualquier puesto público para que le calumnien! dijo ahogando los murmullos de los jacobinos. ¡Siempre prestaremos fé á los ridículos cuentos que continuamente inventan! Se atreven á acusar á Danton. ¿Quieren que sobre él recaigan nuestras sospechas? ¡Acusan á Bouchotte, acusan á Pache! Desgracia es que se delate solo á los mejores patriotas. Ya es tiempo de que terminen tales infamias.» Algunos dias despues Robespierre se opuso con

igual fuerza á las acusaciones que se generalizaban contra los nobles empleados en los ejércitos. «¿Qué significan todos esos lugares comunes de nobleza que sin embargo comprais? Mis antagonistas no son mas republicanos que yo. ¿Quereis que el comité de salvacion pública no deseche los andadores? Hombres desconocidos, patriotas de un día, quieren que abandone á sus antiguos amigos. ¡Calumnian á Danton! Danton, á quien nadie tiene derecho á dirigirle la mas mínima reconvenccion! ¡Danton, que tan solo puede desacreditarse cuando se presente alguno que ostente mas energía que él, mas talento y mas patriotismo! No pretendo identificarme con él para que los dos valgamos el uno ayudado por el otro: me limito á citarle. ¡Dos hombres asalariados por los enemigos del pueblo, dos hombres que Marat delató, afectan en su necesidad reemplazar á este escritor público! A ellos debemos el que sus enemigos destilen veneno contra nosotros. Uno de ellos es un sacerdote, conocido por sus infames acciones, llamado Santiago Roux, el segundo el jóven Lecler, cuya conducta demuestra que las almas juveniles no están exentas de corrupcion. Con frases en extremo patrióticas dan á entender al pueblo que sus nuevos amigos son mas solícitos que nosotros; y prestan fervientes elogios á Marat para comprar el derecho de denigrar á los patriotas actuales. ¡Qué importa elogiar los muertos, con tal de calumniar los vivos!»

IX.

Mientras que Robespierre, buscando en fin la popularidad en el asentimiento público y en la fuerza gubernamental, contenia á los jacobinos y se convertia en hombre de gobierno, Danton se dejaba proteger, digámoslo así, por Robespierre. La caída de los girondinos le ha-

bia desconcertado. Los girondinos eran para él un peso de equilibrio que habia pensado establecer en su provecho en la Convencion, poniendo su persona unas veces en el partido de la Montaña, otras en el de la Llanura. Despues del triunfo de la municipalidad, no era posible ninguna contemporizacion. Era necesario ó ordenar proscripciones ó ser proscrito. Uno y otro de estos dos papeles repugnaba á Danton. Embriagado en las delicias de la adhesion que le inspiraba la joven con quien acababa de casarse, buscando reposo, humillado de su celebridad sanguinaria, y queriendo redimirla con amnistias y generosidades propias al estado presente de su corazon, queria dedicarse á su felicidad doméstica, y si no abdicar, aplazar al menos su ambicion. Cansado de ser temido, deseaba ser amado.

La Montaña le amaba en efecto. Era efectivamente su Norte en las crisis; en los tumultos su voz; en la accion su mano; mas desde que Marat desapareció de la Montaña, Danton encontró en ella á Robespierre, rival mas respetable y de mayor importancia que aquel. Robespierre hacia gala para con él, como hemos visto, del mayor aprecio y le consultaba aun en las circunstancias mas difíciles: pero Danton no desconocia que esta deferencia no era mas que un homenaje, y que mientras Robespierre existiera nadie mas que el idolo de los jacobinos seria el primero en la república. Por esto Danton prefiere mejor desaparecer que ser segundo. Su ambicion era menor que su orgullo. Podia eclipsarse, mas no queria ser arrojado con violencia. Tenia confianza en su fortuna y genio para elevarse á su verdadero lugar, es decir, al frente de la revolucion.

X.

Danton habia llegado ademas, á lo menos por un momento, á ese estado de fatiga moral que ocupa y langui-

dece algunas veces las mas fogosas ambiciones, cuando no las sostiene el gigante poderío de una idea desinteresada. Hombre de pasión y no de teoría, experimentaba las debilidades de la naturaleza. Las pasiones personales se fatigan y desgastan, las pasiones públicas jamás. Robespierre contaba con esta ventaja sobre Danton; su pasión era infatigable, porque era impersonal. Danton era un hombre, Robespierre una idea.

Así Danton admiraba hacia algun tiempo á sus amigos por la hilaridad é incoherencia de sus resoluciones. Sus propósitos anunciaban el desorden y el desmayo del alma que mira á lo pasado y que tiene mas fuerza para arretirse que para querer, para resignarse, que para obrar; síntomas ciertos de la decadencia, de la ambición, y presagios de decaimiento del destino de los hombres públicos. «Desgraciados girondinos!» esclamaba algunas veces con sus ayes interiores: ellos nos han precipitado en el abismo de la anarquía, han sido sumergidos por ella, y á nuestra vez lo seremos nosotros; presiento ya el bramido de la tempestad que ruge sobre mi cabeza.

En tal situación Danton abandonó la tribuna de los jacobinos, ocupada sin cesar por Robespierre: rara vez hablaba en los franciscanos, y callaba en la Convencion. Parecia abandonar la revolucion á sí misma y sentarse sobre su borde para ver pasar los destrozos y aguardar que la opinion recobrára los fueros de la justicia. Pero Danton era muy grande para ser olvidado; el olvido solo salva á las medianías. La revolucion descontenta se enconaba contra él y sus amigos. Legendre, Camilo Desmoulins, Fabre de Eglantine, Chabot y él, aparecian sospechosos á los franciscanos y jacobinos, y se les acusaba sordamente de estacionarios, de debilidad, de enriquecerse con los despojos, de agiotage con capitalistas extranjeros, de simpatías hácia los vencidos, de cubrir con interesada indulgencia las traiciones de los generales, de imitar los vicios de los aristócratas, de enervar las cos-

tumbres populares, de sustituir la venalidad á la probidad en los resortes del gobierno, de trasformar los Espartanos en sibaritas, de formar, en fin, la faccion de hombres corrompidos, la peor de las facciones, en una república que solo podia fundarse sobre la libertad y la virtud.

XI.

Estas recriminaciones hacian sonreír á Danton con desden, y aun le inspiraban un secreto orgullo. No se jactaba de su austeridad, no conocia la hipocresia del desinterés, y antes de ocultar esplanaba sus debilidades. Confiaba á mas en el porvenir: la muerte natural le habia libertado de la superioridad de Mirabeau; el puñal le desembarazó de Marat; el 31 de mayo alejó á Vergniaud cuya elocuencia temia; la casualidad podia destruir su rivalidad con Robespierre. En las revoluciones corre veloz el tiempo y basta seguir su marcha para que traiga á su hora cuanto la fortuna puede dar: así razonaba instintivamente Danton.

En esta época fué cuando instado por su jóven esposa y nueva familia para separar su causa y nombre de la causa y nombre del terror, que principiaba á agitar el alma de los buenos ciudadanos, se decidió á dejar la escena, á alejarse de Paris, y retirarse á Arcis-sur-Aube.

Danton estaba harto versado en los misterios del corazón humano para no comprender que una retirada en semejantes momentos era un acto sobradamente humilde ó sobradamente orgulloso para un hombre de su importancia en la república. Separarse de la Convencion en la crisis de los peligros y de las violencias, era declarar que se creia inútil para con la patria, ó atestiguar que no queria aceptar la responsabilidad del gobierno. Tal actitud era ó una abdicacion ó una amenaza. Danton lo co-

nocia. Así fué que escudó bajo pretextos de cansancio y abatimiento las verdaderas causas de su retirada. Alegó igualmente la necesidad de presentar su nueva esposa á su madre y á su suegro, Mr. Ricordin, que aun vivían.

El principal motivo de esta retirada, motivo que confesó á su muger y deudos en la intimidad de las expansiones domésticas, fué el horror que le inspiraba el cercano juicio de la reina María Antonieta. El asesinato de una muger prisionera por un pueblo, repugnaba al alma de Danton: había jurado á menudo que salvaria las cabezas de mugeres y niños. Habia propuesto enviar á la reina y su hermana á Austria, ocultando bajo palabras de desprecio el verdadero interés que le inspiraban estas víctimas desarmadas. Quería lavarse las manos de la sangre femenina que se iba á derramar.

Antes de partir tuvo Danton una entrevista secreta con Robespierre. Humillóse ante su rival hasta el punto de hacerle partícipe de su desconfianza respecto á los negocios públicos. Pidióle que le defendiese durante su ausencia de las calumnias que los franciscanos no dejarían de asestar contra su patriotismo y probidad. Robespierre, satisfecho de la deferencia y separacion del único hombre que podia contrarrestarle en la república, no puso ningun obstáculo á la marcha de Danton. Los dos rivales, amigos en apariencia, se juraron mútuo cariño y constante apoyo, y Danton partió.

XII.

Danton en su retiro campestre de Arcis-sur-Aube vivió únicamente ocupado de su amor, del cuidado de sus jóvenes hijos, de la administracion de sus intereses domésticos, de la felicidad de volver á ver á su madre, á sus amigos de juventud y campos paternos. Parecía

haber renunciado al peso y al recuerdo de los negocios públicos. Rompió toda su correspondencia, y ni recibia ni escribia carta alguna. Su sola visita era un diputado de la Convencion, y aun no con frecuencia; era este Curtois, compatriota suyo, que poseia molinos en Arcis-sur-Aube. Les ocupaban constantemente los peligros de la patria.

En sus conversaciones íntimas con su muger, su madre y Mr. Ricordin, no ocultaba Danton sus sinceros arrepentimientos de los arrebatos revolucionarios, en los cuales el fuego de las pasiones habia arrojado su nombre y su mano. Procuraba lavarse de toda complicidad en las matanzas de setiembre. Hablaba de aquellos días, no como lo habia efectuado la siguiente mañana, al decir: «He contemplado mi crimen de frente, y sin embargo, lo he cometido,» mas si como un exceso de furor patriótico, al que habian incitado al pueblo asesinos de la municipalidad, escaso que él no pudo contener y que se vió forzado á presenciar, aunque detestándolo. No ocultaba tampoco la esperanza de recobrar el ascendiente debido á su genio político cuando las convulsiones presentes hubiesen gastado los medianos y débiles caracteres que reinaban en la Convencion. Hablaba de Robespierre como de un delirante, unas veces cruel, otras virtuoso, pero siempre quimérico. «Robespierre se ahoga en sus ideas, esclamaba, no sabe convencer á los hombres.» No creia en la duracion de la república. «Son necesarias, decia con frecuencia, muchas generaciones humanas para poder pasar de una forma de gobierno á otra. Antes de tener una ciudad, tened ciudadanos.»

Leia mucho los historiadores de Roma. Escribia mucho, mas al momento quemaba cuanto habia escrito. No queria dejar mas huella de si que su nombre.

Por el contrario, Robespierre, aunque enfermo y abatingo por los trabajos intelectuales que hubieran consumido muchos hombres, se olvidaba de sí propio para entregarse con mas ardor que nunca á la continuacion de su sistema de gobierno. Engrandecia su ambicion confundiendo toda entera con la ambicion de la república que queria fundar. Poco le importaba su rango público con tal de ser el alma de las cosas. Las inconsecuencias, los cambios, la aristocracia propietaria y comercial de los girondinos le habian sinceramente persuadido que querian retrogradar hácia la monarquía ó constituir una república en la que la riqueza sustituiria á la dominacion de la iglesia y del trono, ó en la que el pueblo tendria algunos millares de tiranos en vez de uno. Habia visto en estos hombres pertenecientes á la clase media, los mas peligrosos enemigos de la democracia universal y de la igualdad filosófica. Despues de su caída creyó alcanzar su fin. Este era la soberanía representativa de todos los ciudadanos, hija de una eleccion tan estensa como el pueblo, y obrando por el pueblo y para el pueblo, en un consejo electivo que seria todo el gobierno. La ambicion de Robespierre, tan á menudo calumniada, entonces y despues, no traspasaba este limite. Creia que su móvil era el de la naturaleza y el de Dios. No aspiraba á dominar, pero sí á ser el guia y regulador de aquel gobierno popular. Fundarle, experimentar su marcha, organizar sus oscilaciones, asistir á sus primeros movimientos, vivificarle con sus principios y dejarle su alma, era el ensueño, el alienato de Robespierre.

Su actitud y su language cambiaron igualmente desde que los girondinos desaparecieron. Tres cuestiones eran objeto de sus estudios: anular la opinion pública en la Convencion por medio de los Jacobinos, de los que era oráculo; resistir á las usurpaciones anárquicas de la municipalidad, que amenazaban enfrenar la independencia de la representacion, y establecer en fin la armonía y unidad de accion con la organizacion de un comité de gobierno. A estas ideas no se mezclaba ninguna ambicion personal. Su propia popularidad, mas general y fanática de dia en dia entre sus correligionarios, era para él un instrumento y no un fin. Gastábala con tanta prodigalidad como afanes y paciencia tuvo para conquistarla. La oscuridad en la cual se encerraba al salir de la arena pública arrojaba sobre su persona el velo que oculta los grandes pensamientos á la envidia y el misterio que encierran los oráculos. La calumnia se detenia confusa ante el umbral de su cuarto, en la casa de un honrado artesano. El alma de la república se confundia con él en la pobreza, en el trabajo y en la austeridad de las costumbres.

Desde este dia Robespierre concurrió con mas asiduidad que nunca á las nocturnas sesiones de los Jacobinos. Dirigió las discusiones de aquella sociedad hácia los grandes problemas de organizacion social para desviarla de las facciones cuyo reinado, segun él, habia pasado. Apartóse con mayor y aparente disgusto de todos los hombres corrompidos que querian mezclar la demagogia

con la revolucion, como se liga un metal puro con otro impuro que le hace mas flexible para la elaboracion. No quiso descender los principios republicanos, á los alcances de un pueblo viejo y gastado, y se propuso elevar el pensamiento popular á la esfera de los principios abstractos. Por lo mismo lisonjeaba el orgullo del pueblo, persuadiéndole que era digno de instituciones virtuosas, haciéndole creer en su propia virtud. Unióse en íntima amistad con el corto número de hombres toscos, pero íntegros, que convertian hasta en culto la lógica rigurosa, empero vaga é implacable, de la democracia. Eran estos Couthon, Lebas y Saint-Just, hombres completamente puros de todo hasta entonces, excepto de fanatismo. Ninguna mancha sangrienta tenían aun sobre sí. Esperaban que su sistema prevaleceria por la sola evidencia de la razon, por el solo atractivo de la verdad, pero estaban desgraciadamente resueltos á no rehusar nada á su sistema, ni aun el sacrificio de enteras generaciones. Estos diputados se reunian en pequeño número casi todas las noches en casa de su oráculo; allí inflamaban sus imaginaciones con las seductoras perspectivas de la justicia, de la igualdad y de la felicidad prometidas á la tierra por la nueva doctrina. Por la modestia de esta sala, por la sobriedad de las comidas, por el tono filosófico de sus conferencias, por las imágenes, reproducidas sin cesar, de virtud y desinterés en favor de la patria, nadie hubiese visto en ellos una conjuracion de demagogos y si una asamblea de sábios, ocupándose de las instituciones de la edad de oro. Imágenes pastorales se unian á las trágicas emociones del tiempo y del lugar. Hasta el amor hervía sin degradar en el corazón de estos hombres. La ternura de Couthon para con la desinteresada muger que consolaba su doliente vida; el sentimiento tempestuoso y apasionado de Saint-Just hácia la hermana de Lebas; la predileccion casta y grave de Robespierre para con la segunda hija de su huésped; el amor de Lebas para con

la mas jóven; los proyectos de union, los planes de felicidad despues de las tempestades, daban á estas pláticas un carácter de familia, de tranquilidad y algunas veces de jovialidad, que no dejaban sospechar el conciliábulo de los gefes, y bien pronto tiranos, de la república. No se hablaba entre ellos mas que de la felicidad que experimentarían al separarse de todo cargo público, tan luego como triunfaran los principios, entregándose al ejercicio de un humilde oficio ó al cultivo del campo. El mismo Robespierre, mas fatigado en apariencia y menos tranquilo, solo hablaba de una choza solitaria en el interior del Artois, donde llevaria á su muger, y donde contemplaria desde el seno de su felicidad privada la felicidad general. ¡Cosa estraña, y sin embargo, sincero testimonio de la inestabilidad y fatiga del corazón humano! los dos hombres que entonces agitaban la república y que iban uno y otro á sacrificarse chocando en sus movimientos, Robespierre y Danton, no aspiraban en aquel momento á mas que á la abdicacion. Pero la popularidad no admitió tal intento. Para ella no hay términos medios; ó un altar ó una tumba. El destino de estos dos hombres era el de agotar sus favores y morir despues.

XVI.

Aun cuando sus teorías fuesen distintas, el espíritu de Robespierre y el de Danton tendian entonces á concentrar el poder en la Convencion. No presentaban la Constitucion á los ojos del pueblo mas que como un plan de institucion en perspectiva, sobre el que se echaria un velo despues de haberlo enseñado, aunque de lejos á la nacion. El gobierno, mas á propósito para asegurar la victoria sobre las facciones enemigas de la revolucion era, segun ellos, el mejor gobierno. La Francia y la libertad

estaban en peligro; instituciones tambien de peligro, segun su situacion, necesitaba la Francia. La Convencion debia ser el brazo y la cabeza de la república. Todos los miembros de la asamblea profesaban este principio que es de la salvacion, cuando las leyes están quebrantadas. La Convencion no pide la dictadura, no la delega, la toma. La dictadura se reasumió desde la mañana siguiente al 31 de mayo en el comité de salvacion pública.

Del mismo modo que la nacion pidió para sí sola su inagenable soberanía en 1789, de igual suerte la Convencion pidió para sí sola todos los poderes en 1793. Las fuerzas transmitidas son esencialmente mas débiles que las fuerzas directas. En las crisis estremas los pueblos revocan sus delegaciones, ya se llamen magestades, ya leyes ó magistraturas. En ellas no puede dudarse. Las leyes son las relaciones definidas de los ciudadanos entre sí con el Estado, en tiempo normal; pero cuando estas leyes quedan abolidas ó destruidas, cuando se invierten las relaciones, acudir á estas leyes que han desaparecido ya ó que aun no existen, es acudir á la nada para salvar el imperio. El gobierno es entonces por sí la única ley viviente, y todos sus mandatos son golpes de Estado. Tal era la situacion de la Convencion en el mes de julio de 1793. Esta situacion la condenaba, ó á la usurpacion ó á la muerte. Si hubiera aceptado la muerte, la nacion y la revolucion hubiesen muerto con ella. Tomó la dictadura, no es esta su falta. Hay usurpaciones legítimas, como las que salvan las ideas, los pueblos, las instituciones. La historia no debe echar en cara la usurpacion á la Convencion, sino la manera de ejercerla. Cuanto mas desaparezcán las leyes de un gobierno, tanto mas debe reemplazarlas la equidad. Esta es la sola condicion por la que Dios y la posteridad absuelven los gobiernos. La conciencia es la ley de las leyes.

Es una ley del poder, cuando se convierte en accion, tender sin cesar á estrecharse y personificarse en un reducido número de agentes. Los cuerpos políticos pueden tener mil cabezas y mil lenguas mientras conservan el carácter de asambleas deliberantes; pero solo les es necesario una mano cuando alcanzan el poder ejecutivo. Abrazó esta doctrina con debilidad en un principio la Convencion y la sancionó luego completamente. Principió por crear ministros revestidos de cierta responsabilidad é independencia, como bajo el ministerio girondino de Roland; anuló en seguida casi enteramente la accion de los ministros; instituyó comisarios de gobierno tambien especiales y tan diversos como cada uno de esos ministerios; creó despues comisarios de gobierno en el seno mismo de la representacion nacional, y distribuyó entre estas estensas comisiones las diferentes funciones del poder. Cada una de aquellas presentaba por medio de su secretario, el resultado de sus deliberaciones á la sancion de la Convencion reunida. Esta reinaba así bien, mas reinaba con incoherencia y debilidad. La unidad faltaba á aquel número de comisiones. Lo que formulaban eran dictámenes y no órdenes.

La Convencion sentia la necesidad de personificarse en un comité que, aunque salido de su seno, le impusiese su propia voluntad, y por decirlo así, su propio terror. Temia su anarquia interior; tenia miedo de su misma inestabilidad. Para destruir mejor las resistencias, consintió en someterse á obedecer y temblar. Organizó el comité de salvacion pública y le trasfirió todo el gobierno. Fue la abdicacion de la Convencion, pero abdicacion que le dió el imperio.